



editorial**fo**c

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en www.editorialfoc.me. Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en info@editorialfoc.me.

ISBN: 978-84-15634-18-8

Depósito legal: B-23305-2013

© Del texto Manuel Arduino, 2013

© De las ilustraciones Sandra García, 2013

© De la edición Editorial Foc S.L, 2013

Diseño de Cubierta: Sandra García.

Relatos fugaces

Manuel Arduino Pavón



*Electroterapia
para salir*

ELECTROTERAPIA PARA SALIR

-Si recurro a usted, doctor, es para pedirle que me recete esas famosas cápsulas para los cementerios, para entrar en el cementerio y no sufrir angustia ni ninguna de las otras cosas espantosas que a una le ocurren allí.

-En este momento no estoy recetando esas viejas cápsulas, ahora me dedico a la electroterapia.

-Ah, ¿y eso sirve para entrar en los cementerios?

-Sí...

-Entonces quiero el tratamiento de electroterapia.

-Muy bien. Ahora, dígame por favor, ¿cómo quiere entrar usted en el cementerio?

-No le comprendo. ¿A qué se refiere?

-Dependiendo de cómo quiera entrar usted al cementerio se trata de aplicarle un mayor o menor voltaje.

-¡Creo que cuanto más voltaje me aplique va a ser mejor!

-Pero, ¿usted luego quiere salir del cementerio?

-¡Desde luego!

-Entonces lo mejor es que la energía de la batería sea de cinco voltios.

-¿Cinco voltios? ¿No es muy poco? [...]



Una pocilga prodigiosa

UNA POCILGA PRODIGIOSA

En la pocilga del abate Didier los puercos compartían el rezo del rosario. En un argot incomprensible, propio del todavía más incomprensible misterio de las Catedrales, los rosáceos puercos vomitaban el Ave María y el Padre Nuestro con una unción devota verdaderamente admirable.

El abate Didier no debía ni siquiera recordarles que había llegado la hora del rezo. Los animales, tan injustamente menospreciados, desencadenaban todo tipo de milagros en las granjas de la zona con sus plegarias escarlatas: gallinas y pavos pedaleando sobre los velocípedos de los campesinos, parturientas que multiplicaban sus crías por tres, coles altas como una tapia, humo de zarzaparrilla perfumando beatíficamente la amplia región de las verduras y de las caléndulas.

Los puercos de la pocilga del abate Didier sólo tenían una limitación, una cruel limitación, no sabían evangelizar a los otros puercos, ni a los puercos de los chiqueros vecinos ni a sus propias crías. Este hecho, probablemente considerado insignificante por la mayoría de las personas comunes y corrientes, no era realmente un incidente menor.[...]



*Sólo desde el corazón
se puede limpiar el sótano*

SÓLO DESDE EL CORAZÓN SE PUEDE LIMPIAR EL SÓTANO

(De un posible Manual de Convivencia)

Usted tiene que tener en cuenta los sentimientos de su casa, si no tiene en cuenta los sentimientos de su casa, entonces nunca podrá arreglar el techo, ni limpiar el sótano, ni cambiarle los caños al baño, ni nada por el estilo.

El techo de la casa es el lugar donde se encuentra manifestado el carácter intrépido, la condición heroica y marcial de la vivienda, de suerte que, si usted no actúa con el cerebro ese sector de la finca, ni siquiera le permitirá que suba a reparar el tejado. Tenga en cuenta que el techo no es un tipo genuflexo, pero que sí exige una forma de genuflexión, ni más ni menos que cualquier ser humano encaramado en la altura política y social.

Con los caños es necesario ejercitar la paciencia, la más esmerada paciencia y el más preclaro sentido común: son extremadamente susceptibles y permanentemente se ponen a la defensiva, de forma tal que usted debe de hablarles con ánimo conciliador, pero sin intentar persuadir a través del afecto, todo lo contrario, es necesario ingresar un lenguaje fluido y penetrante, capaz de atravesar la completa estructura material de la casa, las venas y arterias de la casa, para poder ocuparse luego de ellas bajo los efectos de la persuasión y de una estrategia de dominación bien elaborada, si lo prefiere, de subyugación de los caños. Estos suelen comportarse como un adolescente a quien se va a someter a una extracción de sangre, de la misma forma que un niño que por primera vez es vacunado. Téngalo en cuenta.

Pero ante el sótano, ante el aspecto más tímido e inhibido de una residencia, ante el recinto de los secretos y de los olvidos, sólo es posible actuar desde el corazón. Si usted no actúa por medio de su corazón, de la sensibilidad más refinada y simple, el sótano jamás le permitirá que baje y limpie, o que lo ponga en condiciones de recibir los nuevos objetos. Porque en el fondo, el sótano está cansado de que lo usen para acumular desperdicios y cosas inútiles. Sírvale una copa de sidra, encienda un candelabro con siete velas amarillas y extienda un mantel lujoso sobre alguna mesa que

le sobre y que ya no le sirva para nada, póngale globos de colores: es necesario que le demuestre su mayor y mejor intencionado afecto.

Una vez que conquistó el corazón del sótano con su propio corazón, entonces usted va y arroja allí todo lo que no le sirve para nada y después sale despacio, en puntas de pie, y cierra la puerta en silencio: el sótano suele demorar una eternidad en descubrir que ha sido engañando una vez más.

Es cuestión de demostrarle ese tipo de amor que exhiben los esposos adúlteros a sus mujeres, antes de volver a la calle con las manos libres y el horizonte despejado.

Siempre piense que en algún momento usted va a necesitar volver a la calle. [...]



El abismo que devuelve la vida

EL ABISMO QUE DEVUELVE LA VIDA

Comenzaron por abrir una zanja al costado de la ruta que lleva al sur. Eran dos inmigrantes búlgaros. Lo hacían por despecho, porque nadie les prestaba atención, porque el inmigrante es siempre un refugiado desposeído y apartado de la sociedad.

Eran dos inmigrantes búlgaros desocupados que no tuvieron mejor idea para calmar los nervios que ponerse a excavar al costado del camino.

Comenzaron de noche para pasar desapercibidos, al compás de los grillos y del rocío del verano, al ritmo del hipar de las estrellas, con el corazón empuñando las palas.

Durmieron junto al pozo unas pocas horas, las suficientes para cargarse de energía y para volver a excavar. Con el tiempo, a medida que la fosa se ensanchaba y que los dos extranjeros parecían llenos de unos bríos desconocidos en esas tierras de provincias soporíferas, los lugareños se acercaron. Bastó que observaran la alegría con la que los dos extranjeros hacían el pozo, para que les picaran las ganas de cavar. poco tiempo después vinieron con sus propias palas y se pusieron a cavar cerca, a unos metros, del pozo original. Y compartieron el inmenso silencio de la ruta, de los días y de las noches trabajando sin parar. Y se sintieron bien, se sintieron muy bien, y guardaron la noticia entre los pliegues de sus almas para que nadie en los pueblos se enterara.

Pero la gente de los pueblos ha de hacer el camino un día, y otro día, y en esas vueltas de la vida terminaron por enterarse de la existencia de los dos pozos, de los silenciosos excavadores, del vigor y de la energía que destilaban por todos sus poros.

Decenas de pueblerinos abrieron sus propios pozos, uno al lado del otro, a lo largo de casi un kilómetro junto a la ruta. Una cosa gigantesca estaba cobrando vida, desperezándose de su sueño en las profundidades, como las antiguas ciudades soterradas. Un animal vacío y transparente que surgía del abismo y que aportaba una gama de sensaciones edulcoradas y muy nobles.

Abrir el abismo, desenterrar el abismo y dejarlo en libertad, era la tarea más inconcebible

que acaso viene de otro tiempo sin historia, sin pensamientos lúgubres, sin cálculos de corto plazo; un abismo libre puede hacer milagros por los hombres, puede redimir a los hombres y a sus quejas profanas. [...]



La entrada es la salida

LA ENTRADA ES LA SALIDA

Posiblemente la cueva con los esqueletos fuera una guarida de piratas, un refugio de salteadores. Eso pensó Riestra, mientras revisaba un cráneo perforado por un perdigón. Posiblemente hubiera esqueletos de diferentes épocas. La gente de mala vida conoce estos lugares mejor que nadie y se esconde en ellos cuando llega la ocasión. Riestra le extrajo una muela de oro a otro cráneo partido en dos.

Cuevas y cavernas pobladas de restos humanos las hay en todas partes, sólo es necesario que la casualidad juegue sus piezas y lo lleve a uno hasta el fortín que albergara a los malvivientes hasta sus últimos suspiros.

Riestra pensó que la gema engarzada en el anillo podría ser un rubí. Seguramente fuera un rubí. Resultaba curioso que esta cueva en particular no hubiera sido descubierta antes por los montañistas o por las autoridades. Resultaba bastante raro.

Recogió todos los doblones esparcidos a lo ancho del recoleto espacio preñado de huesos. Cargó las alforjas con el tesoro y emprendió la retirada.

Riestra pensó que salir de una cueva semejante era de lo más sencillo, que lo difícil es encontrar la entrada. La entrada es la salida, pero vista desde otro ángulo, debió pensar con lógica. Riestra siguió el hilo de luz, se ayudó con su linterna.

Por algo los maleantes se ocultaban en el interior de este refugio natural. Riestra comprendió que había una razón muy poderosa que explicaba por qué había tantos esqueletos dispersos, de épocas tan distintas.

La entrada es la salida pero vista desde otra perspectiva. Desde una perspectiva única, extremadamente sutil. [...]



*Estar en el hospital
mucho tiempo
produce alucinaciones*

ESTAR EN EL HOSPITAL MUCHO TIEMPO PRODUCE ALUCINACIONES

Los enfermeros y el personal médico internado en el hospital muchas veces confunden los pacientes y las enfermedades.

Los cirujanos operan a los porteros cuando se reclinan sobre los catres de la sala de guardias a tomar una siesta. Es cuestión de actuar con celeridad, de evitar que los doctores se pongan excesivamente obsesivos con la extracción del apéndice o con la colocación del marcapasos a personas que no padecen ese tipo de alteraciones en la salud.

Las enfermeras que pasan mucho tiempo en el hospital tienen embarazos imaginarios y hasta partos imaginarios. Ocultan a sus hijos mal habidos bajo las túnicas y creen que nadie se va a dar cuenta, pero como todo el personal alucina, todo el personal termina por descubrir el hijo imaginario de la colega y, a continuación, al padre imaginario.

Entre todos crían a los bebés falsos, en una sala de la maternidad virtualmente vacía, pero no para los ojos y los pechos de las madres.[...]



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en

www.editorialfoc.me